

NOCHE DE LIMPIEZA

Camino por la calle escuchando a los Pixies a todo volumen. *Monkey gone to heaven* es una auténtica pasada, consigue levantarme el ánimo en días como hoy, típico de diciembre y con un frío que pela. Súbitamente un auricular sale despedido de mi oreja así que me doy la vuelta lleno de ira para ver quien me ha empujado. La señora ni siquiera me mira y desde luego no parece que vaya a pedirme disculpas. Está quieta, con una mano sobre la boca y la otra en el pecho. Agarrándose el jersey como si quisiera arrancarlo.

Cuando estoy a punto de empezar a insultarla veo que me señala un punto elevado del edificio que ésta frente a nosotros y sigo su dedo con la mirada. Enseguida localizo a un tipo encaramado al balcón de una casa en el tercer piso, con el cuerpo fuera de la barandilla. Todavía no ha anochecido así que puedo distinguir perfectamente su rostro. Es un tipo horrible. No tiene nada mal formado en la cara, ninguna desfiguración, pero es el hombre más feo que he visto nunca. Creo que está llorando. Tiene la cara sudorosa, el pelo pegado y una repugnante medialuna de carne bajo la barbilla. Juro que si algún día llego a tener esa papada, yo también querré quitarme del medio. En el segundo siguiente solo acierto a pensar que, francamente, hay vidas que no merecen ser vividas. Está claro que la de este hombre es una de ellas. Me fijo entonces en que lleva puesto el pijama, uno de esos clásicos abotonados, azul cielo y con ribetes marino en el cuello y los puños. Tiembla sin parar, se nota sobre todo en las manos que se aferran a la barandilla y la hacen resonar contra la pared. En el pantalón, a la altura de la bragueta, veo una mancha húmeda. Se ha meado, pienso. El muy cobarde se ha meado encima. El caso es que el pantalón le queda corto, seguramente no tenga una mujer o una madre que se ocupe de tenerle las mudas decentes cuando llega a casa. Así que por ahí abajo le asoman unos tobillos gordos, de carne blanda y porosa, recubiertos por un pelo ralo que da el mismo asco que el que le cubre la cabeza.

La señora que me empujó hace un par de minutos me tira ahora del brazo y me pide que ayude. *Se va a tirar* – susurra llena de angustia- *haga algo*. Me acerco al edificio. El tipo me ha visto así que me sigue con la mirada y desde más cerca puedo confirmar que está llorando a mares. De hecho, en la cara se le han mezclado las lágrimas, los mocos y las babas; es todo un mejunje de secreciones repulsivo. Lo primero que se me ocurre decirle es que lo comprendo. De verdad, que entiendo su pulsión de muerte, y que yo, si fuera él, también la tendría. Parece momentáneamente desconcertado así que se lo repito. Le digo que su vida tiene toda la pinta de no valer nada. Mientras hablo me doy cuenta de que pagaría por ver cómo se abre la cabeza contra el suelo, como un melón, y se esparcen sus inmundos sesos por el suelo.

Los cobardes como él no tienen cabida en este mundo. Me revienta la gente débil. No es la primera vez que me veo obligado a intervenir limpiando la ciudad de frágiles mentales, de gente que se arrastra por las aceras con cara de tener problemas insuperables. Durante un tiempo viví en un piso que tocaba, puerta con puerta, con la consulta de un psicólogo. En ese par de años logré quitar mucha mierda del medio. No me costaba nada abordar a cualquier paciente justo antes de que entrase en consulta, liarle con una excusa – que me ayudase a cerrar la llave de paso del agua de mi casa o cualquier otra cosa- y pum. Uno menos.

Y ahora me encuentro por casualidad a este tipo horrible que parece a punto de hacerme el trabajo sucio pero no se decide. Me habla, aunque sin dejar de llorar, así que solo acierto a entenderle algo de que le han abandonado o que no tiene hijos, o que los tiene pero ellos no quieren saber nada de él. Miro el reloj, son casi las ocho de la tarde y va a empezar el partido. Le digo que su vida seguramente sea una desgracia, que ha de ser difícil abrir camino siendo una bola de sebo así, con esa carne rosa y ese pelo ralo.

En ese momento un vecino se acerca al portal del edificio, distraído y con prisa. Estoy seguro de que no ha visto nada, así que corro tras él y me meto en el portal. Subo hasta el tercer piso y confirmo lo que me temía. La escoria esta ha dejado la puerta de su piso abierta. Hombres como éste llenan mi tarea de significado. Resulta indigno ser tan patético como para dejar una rendija abierta para que alguien entre a salvarte. Atravieso el piso sin fijarme demasiado en la suciedad y el abandono y llego al balcón. El tipo se gira al escucharme y, lo juro, lo juro de verdad, en su rostro aparece un gesto instantáneo de alivio. La poca vergüenza que faltaba.

Todo lo demás, gracias a mí, sucede muy rápido. Lo agarro de las solapas del pijama y lo meto de un tirón dentro de la casa. Se cae al suelo del impulso, y se golpea la ceja contra el parqué. Inflamación instantánea. Me doy cuenta de que me ha ensuciado la camisa de babas, de mocos, de la mierda que sea que le esté saliendo de sus orificios. El llanto desesperado ahora parece más débil, así que -antes de que se atreva a darme las gracias-, sin levantarlo del suelo le agarro la cabeza y se la machaco diez, veinte veces, contra el pico de la mesa de centro. En los tres primeros golpes todavía está consciente y obviamente aterrorizado. Intenta zafarse de mis brazos pero entre el sufrimiento anterior y el susto de ahora, creo que no le quedan muchas fuerzas. Noto un reguero caliente lamiéndome los dedos. Sé que es sangre derramada de su cabeza y, sorprendentemente, es la única exudación de este tío que no me da ningún asco. Sonrío sin querer cuando veo cómo se vacían sus ojos. Las pupilas suben hacia arriba y sus ojos se convierten en dos huevos duros. Después el cráneo se aplasta y aparece también, brillante y rojo, un surco de sangre que le sale del oído.

Aunque ya no se resiste, ni siquiera débilmente, sigo golpeando. Supongo que la imagen del melón se me ha metido tan dentro que no estoy dispuesto a marcharme sin eso. No tardo mucho en conseguirlo, soy un tío fuerte. Solo me detengo cuando me aseguro de escuchar ese *crac* inconfundible que acompaña a toda muerte violenta. De nada.

Juncal Baeza Monedero

II Mención Especial de Relato Breve

VII Certamen Literario *Universidad Popular de Almansa*